

EDITORIAL

Escuelas en alerta

La reciente escalada de agresiones en establecimientos educacionales evidencia una crisis que trasciende protocolos y exige una respuesta integral, urgente y coordinada para resguardar la educación.

La escalada de hechos de violencia en establecimientos educacionales en los últimos días vuelve a encender una señal que ya no admite postergaciones. Lo que antes parecía episodios aislados hoy configura un patrón preocupante que pone en riesgo el principal objetivo de la escuela: educar en un ambiente seguro.

El debate se ha centrado en medidas concretas. Por un lado, la necesidad de fortalecer protocolos de convivencia escolar; por otro, propuestas más drásticas como la instalación de detectores de metales. Sin embargo, reducir la discusión a herramientas —aunque necesarias— puede resultar insuficiente si no se aborda el problema de fondo.

La violencia escolar es reflejo de tensiones sociales más amplias: deterioro de la salud mental, debilitamiento de los vínculos comunitarios y normalización de la agresividad como

forma de resolución de conflictos. Pretender que la escuela enfrente sola este fenómeno es desconocer su complejidad.

Intervenir los colegios hoy no es solo reforzar la seguridad, sino también reconstruir comunidades educativas. Esto implica dotar de más recursos a equipos psicosociales, capacitar a docentes, involucrar a las familias y establecer redes efectivas con el sistema de salud y protección.

La educación está en riesgo cuando la violencia se instala como rutina. Y frente a eso, la respuesta no puede ser tardía ni fragmentada. Se requiere una estrategia integral, decidida y urgente, que devuelva a las escuelas su rol como espacios de aprendizaje, contención y desarrollo.

Postergar esta discusión es, en la práctica, aceptar que la violencia siga ganando terreno. Y eso, simplemente, no puede ser una opción.